

ABRIR LAS PUERTAS DEL CORAZÓN

La celebración de la Resurrección de Jesús es de nuevo, una oportunidad para abrir la mente y el corazón, no para abrir los ojos. Con los ojos vemos la realidad, con el corazón y la mente hacemos experiencia de la realidad. El Resucitado, El Viviente nos invita, no a ver, sino a creer, a descubrir una experiencia de nuestra vida, viviéndola desde su presencia y con su presencia. No es fácil, pero es posible.

No es fácil definir o hablar en términos aceptables, para nuestro lenguaje común y coloquial, sobre la creencia. La mayoría de las veces nos sucede, además, que no 'acertamos' a expresar atinadamente cuando hablamos de nuestras convicciones religiosas, y peor aún si, además, percibimos en los que nos escuchan, en 'los otros', indiferencia, burla, hostilidad o sarcasmo.

Nunca ha sido fácil transmitir la fe viva y estos nuestros tiempos, dominados por el increencia generalizada y la ostentosa secularización, son particularmente retadores para los creyentes que quieran dar a conocer a Jesús, evangelizar o transmitir su fe. Creer en el núcleo fundamental y fundacional de nuestra fe, en la Resurrección, no es nada fácil.

Los relatos pascuales son especialmente expresivos al describir el estado emocional de los discípulos que por miedo a los judíos se encierran en una casa con las puertas bien cerradas. Todos ellos superan ese miedo cuando, apoyándose los unos en los otros, van descubriendo la presencia en sus vidas del Resucitado. Una experiencia que consuela, al devolverles la seguridad que necesitan. El testimonio de los discípulos nos recuerda que el verdadero refugio es la confianza en Dios: ella disipa el temor y nos libera de caer en autoengaños y falsas seguridades, que muchas veces generan miedo.

Las apariciones, que en estos días de Pascua recordamos, son un encuentro nuevo de Jesús resucitado que no podemos entender como una vuelta a esta vida, sino como experiencias vividas y contadas de una forma concreta. Por ejemplo, el signo de las puertas cerradas por miedo a los judíos y que Jesús las atraviesa, es una explicación de oposición entre Jesús y los suyos, entre la religión judía y la nueva religión de la vida por parte de Dios. Vivimos en un mundo cultural distinto, y aunque la fe es la misma, debe proponerse con más creatividad, como una experiencia que se vive, más que como una doctrina que se afirma.

Tener una sola alma y un sólo corazón, que nos habla la segunda lectura de este domingo, es una exigencia de la Resurrección de Jesús, es intentar plasmar en nuestra vida el

compartir todas las cosas para que hagamos lo que hizo Jesús. Este, sin duda, es el reto de la Iglesia. ¿Es el idealismo de la comunidad de bienes? Se trata, más bien, de un desafío impresionante y, posiblemente, una crítica para el mal uso y el abuso de la propiedad privada que tanto se defiende en nuestro mundo como signo de libertad. Es una lección que se debe sacar como praxis de lo que significa para nuestro mundo la Resurrección de Jesús. Eso, además, es lo que libera a los creyentes para dedicarnos a proclamar la Palabra de Dios como anuncio de Jesucristo resucitado. Este reto significa que la resurrección nos impulsaba esos valores fundamentales de la identidad de la comunidad cristiana.

El "soplo" sobre los discípulos nos recuerda la nueva creación, de la vida nueva, por medio del Espíritu. El espíritu del Señor Resucitado inicia un mundo nuevo, y con el envío de los discípulos a la misión se inaugura un nuevo Israel que cree en Cristo y testimonia la verdad de la Resurrección. Será el Espíritu del resucitado el que rompa esas barreras y abra esas puertas para la misión. En Juan, "Pentecostés" es una consecuencia inmediata de la resurrección del Señor. Esto, teológicamente, es muy coherente y determinante.

Finalmente, la figura de Tomás nos quiere presentar las dificultades a las que nuestra fe está expuesta; es como quien quiere probar la realidad de la resurrección como si se tratara de una vuelta a esta vida. Tomás, quiere enfrentarse con el misterio de la resurrección de Jesús desde sus seguridades humanas y desde su soledad, porque no estaba con los discípulos en aquel momento en que Jesús, después de la resurrección, se les hizo presente, para mostrarse como el Viviente. Esto nos quiere poner de manifiesto que la fe, vivida desde el personalismo, está expuesta a mayores dificultades. Desde ahí no hay camino alguno para ver que Dios resucita y salva.

Tomás no se fía de la palabra de sus hermanos; quiere creer desde él mismo, desde sus posibilidades, desde su misma debilidad. En definitiva, se está exponiendo a un camino arduo. Pero Dios no va a fallar ahora tampoco. Jesucristo, el resucitado, va a «mostrarse», (símbolo de encuentro) como Tomás quiere, como muchos queremos que Dios se nos muestre. Pero así no se "encontrará" con el Señor. Esa no es forma de "ver" nada, ni entender nada, ni creer nada. Tomás, pues, debe comenzar de nuevo una experiencia de una vida distinta, pero verdadera, es cuando Tomás se siente llamado a creer como sus hermanos, como todos los hombres. Diciendo «Señor mío y Dios mío», es aceptar que la fe deja de ser puro personalismo para ser comunión que se enraíce en la confianza comunitaria, y experimentar que el Dios

La fe compartida, la Palabra y los Sacramentos construyen la Iglesia, nos convierten en miembros de una comunidad histórica en la que, gracias al testimonio de los que fueron testigos acreditados de la resurrección de Jesús de entre los muertos, la vida, y no la muerte, tiene la última palabra. Es la definitiva Palabra de Dios: he venido para que tengan vida eterna. Pascua, que significa 'paso', es atreverse a dejar el miedo a una evidencia, la muerte, por abrazar una esperanza nacida de la fe, plenitud de la vida enraizada en ese Dios que compartió nuestra condición humana, que murió por nosotros y que resucitó como primicia de nuestra propia resurrección.